

Introducción a la semana

Las primeras lecturas pertenecen a la primera carta de Juan. El tema de los primeros días es el amor, tan propio de la tradición joánica. Los evangelios de esos dos primeros días pertenecen a los evangelios de la Infancia según San Lucas. El miércoles, es el último día del año civil. La Iglesia es consciente de ello y por eso la primera lectura, también de la primera carta de san Juan, se inicia "Hijos míos es la última hora", y aconseja cómo deben valorarse a sí mismos los cristianos y como han de actuar. El Evangelio del Prólogo del evangelio de San Juan expone el acontecimiento más relevante de la historia: El Verbo vino a los suyos. Los años discurren y han discurrido antes y después de ese acontecimiento. El jueves es la solemnidad de Santa María Madre de Dios, la reflexión queda sustituida por la homilía de ese día. San Gregorio y san Basilio son los primeros santos que celebramos en el año. Dos Padres de la Iglesia.

Lun
29 Dic
2014

Evangelio del día

Octava de Navidad

"Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza"

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,3-11:

Queridos hermanos: En esto sabemos que conocemos a Jesús: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: "Yo le conozco", y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe vivir como vivió él. Queridos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado. Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo -lo cual es verdadero en él y en vosotros-, pues las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya. Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

Salmo

Sal 95,1-2a.2b-3.5b-6 R/. Alégrense el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. R/.

Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. R/.

El Señor ha hecho el cielo;
honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,22-35

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.» Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.»

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo, diciendo a María su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza”

Ante la corriente filosófico-religiosa que defendía que con el solo conocimiento de Dios era suficiente para la salvación, sin tener en cuenta las obras, el comportamiento de las personas, San Juan recuerda la verdadera doctrina que se desprende de la enseñanza de Jesús. Quien dice que conoce a Dios “y no guarda sus mandamientos es un mentiroso”. Jesús nos lo dijo con toda claridad: “No todo el que dice ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de Dios”. “Por su frutos los conoceréis. Toda árbol bueno da frutos buenos, y todo árbol malo da frutos malos”. Las obras, nuestro comportamiento es el que nos dice si somos realmente seguidores de Jesús o no. Y el mandamiento principal sabemos que es el amor, por eso “quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en la tinieblas”. Lo recoge bien uno de nuestros dichos populares: “Obras son amores y no buenas razones”. Lo que conocemos de Dios, del evangelio... lo debemos llevar a nuestra vida, a nuestro comportamiento.

“Será como una bandera discutida”

María, cumple con el rito de su purificación, y con la presentación de su hijo al Señor, ateniéndose a lo que prescribía la ley. Sobresale también con fuerza en este relato el anciano Simeón, “hombre honrado y piadoso y... el Espíritu Santo moraba en él”. Vive una profunda alegría: ve cumplida la promesa del Espíritu de ver al Mesías, al Señor, lo que inunda de gozo su creyente corazón. Después de este acontecimiento ya puede morir en paz. Pero, al mismo tiempo, explica a María la misión de su Hijo y lo que le espera a Él y a ella. Su Hijo, con todo el amor que va a derramar, con todo el mensaje de salvación que viene a ofrecer a todos los hombres... no va a ser aceptado por todos. Unos le recibirán, le recibiremos gozosos, y otros le rechazarán. Este rechazo será tan intenso que le clavarán, dándole muerte, en una cruz. Algo que sucedió en el siglo primero y que sigue sucediendo en nuestro siglo XXI. Por eso, dirigiéndose a María, le dijo: “Y a ti, una espada te traspasará el alma”.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar

30

Dic

2014

Evangelio del día

Octava de Navidad

“Os escribo porque sois fuertes y la Palabra de Dios está en vosotros.”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,12-17:

Os escribo a vosotros, hijos míos, porque se os han perdonado vuestros pecados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno. Os he escrito a vosotros, hijos míos, porque conocéis al Padre. Os he escrito, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, los jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo –las pasiones del hombre terreno, y la codicia de los ojos, y la arrogancia del dinero–, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, con sus pasiones. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Salmo

Sal 95,7-8a.8b-9.10 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor. R/.

Entrad en sus atrios trayéndole ofrendas,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia la tierra toda. R/.

Decid a los pueblos: «El Señor es rey,
él afianzó el orbe, y no se moverá;
él gobierna a los pueblos rectamente.» R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,36-40

En aquel tiempo, había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Reflexión del Evangelio de hoy

Os escribo porque sois fuertes y la Palabra de Dios está en vosotros.

Incontables son los beneficios que nos reporta el que el Verbo se haya hecho carne y establezca su domicilio entre nosotros, pobres criaturas: gracias a su nacimiento nos ha venido la libertad respecto a nuestras debilidades y pecados, nos ha permitido conocer al buen Dios que gusta decirse Padre, hemos vencido al mal en su nombre, nos ha dado sobrados elementos para conocer la voluntad de Dios y, lo más importante, talento suficiente para llevarla a cabo. Estamos condenados, por fortuna, a vivir de la Palabra y a convivir con ella en esperanza y alegría. Por eso, y desde la Palabra, el compromiso de vencer al mal, es decir, todo aquello que significado en el mundo, se opone al proyecto humanizador y salvador de nuestro Padre. Porque está más que claro que no podemos servir al tiempo a dos señores, y si lo intentamos no deja de ser un estólido autoengaño. Nos sentimos nacidos de Dios, con vocación de vida en plenitud, de condición buscadores de luz y caminantes por los vericuetos de las biografías de los hermanos; y todo gracias a que el Padre de todos sabe mirarnos con ojos amorosos, y en esa mirada está todo su amor.

Hablaba del niño a todos los que esperaban la liberación de Israel

Nuestro texto es parte del hermoso mosaico de la presentación de Jesús en el Templo, en concreto las teselas que nos muestran a la profetisa Ana. De ésta se nos dice que es una mujer de constante comunicación con Dios que supo mantener a lo largo de sus muchos años de vida la esperanza en el Mesías salvador; el Espíritu la mueve a reconocer al niño con gratitud y alegría y, de esta guisa, se torna anuncio de la salvación que Dios Padre entrega a sus hijos. No es una mujer espectadora, sino buscadora activa de la luz de Dios, y por ello también testigo de la misma; por eso le falta tiempo para anunciar a la gente que la redención llegará por este niño que es, en ese instante, presentado en el templo de Jerusalén. Con qué admirable sencillez Ana desarma un sinfín de montajes que fabricamos en nuestra Iglesia para convencernos que estamos haciendo pedagogía del Reino, cuando de lo que menos hablamos es de la salvación y consuelo que trae la persona y la palabra de Jesús de Nazaret, nuestro prioritario argumento.



Fr. Jesús Duque O.P.
Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)

Mié

31
Dic

2014

Evangelio del día

Octava de Navidad

“¡Cuidado! ¡No os dejéis engañar!”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,18-21:

Hijos míos, es el momento final. Habéis oído que iba a venir un Anticristo; pues bien, muchos anticristos han aparecido, por lo cual nos damos cuenta que es el momento final. Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para poner de manifiesto que no todos son de los nuestros. En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo, y todos vosotros lo conocéis. Os he escrito, no porque desconozcáis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira viene de la verdad.

Salmo

Sal 95, 1-2. 11-12. 13-14 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su victoria. R/.

Alégrense el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,
aclamen los árboles del bosque. R/.

Delante del Señor, que ya llega,
ya llega a regir la tierra:
regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad. R/.

Evangelio del día

Comienzo del santo evangelio según san Juan 1,1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Éste es de quien dije: "El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo."» Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la Ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha contado.

Reflexión del Evangelio de hoy

«Hijos míos, es el momento final»

Es el último día del año 2014. Un año en el que hemos trabajado, hemos descansado y, seguramente, hemos estado en conversación frecuente con Dios. No, no hemos perdido el año.

Leyendo la carta de S. Juan podemos pensar que está escrita en los últimos años. El Anticristo parece estar presente entre nosotros. Miramos a un lado y vemos un paganismo creciente postrado ante el dios capital y su sacerdote el consumismo desaforado. Miramos al otro y encontramos profetas que nos predicán que Dios ha muerto o nunca existió. Nos dicen que somos fruto de una gran explosión de materia concentrada, sin que nos aclaren de donde salió esa materia.

Juan nos ha advertido para que nos pongamos en situación de alerta para que estos anticristos, salidos de nuestras propias filas, no nos arrastren. Dios está siempre presente y nos ayuda a discernir entre el bien y el mal; entre la verdad y lo falso; entre quien confiesa que Cristo es el Ungido de Dios y el que lo niega.

«Vino a su casa pero los suyos no la recibieron»

Esta idea, que aparece en el fragmento que leemos en los versículos 10 y 11, es seguramente la menos meditada de todo el capítulo, sin dejar por eso de ser muy importante.

Ciertamente todo el capítulo rezuma esencia teológica; es seguramente lo más sublime que se ha escrito sobre Dios y la Palabra encarnada y la que compromete sin fisuras al hombre que se encuentra con ella.

La Palabra, Jesús, era la única y verdadera luz por la que podemos atisbar a Dios. Es el mismo Dios que se hace luz visible para todos los nacidos, para "todo hombre que viene a este mundo". Es la luz que nos alumbra si queremos ver la realidad con su reflejo, pero que pasará desapercibida si cerramos los ojos y no queremos recibirla. Dios se ha acercado a nosotros, se ha hecho el encontradizo de la forma más familiar posible, encarnado en un tierno niño, pero no siempre queremos recibirlo, porque aceptarlo significaría adaptar nuestra vida a la vida de Jesús, enfrentarnos si fuera necesario a poner en peligro nuestra propia seguridad.

Es un riesgo posible que nos cuesta asumir y que con frecuencia rehuimos. Es esa luz que viene a nosotros y que nosotros dudamos si dejarla entrar o seguir con la puerta cerrada y la luz apagada, escondidos, tal vez avergonzados porque nos hemos descubierto desnudos y en nuestras dudas puede que pensemos y digamos: "abriré mañana".

Queridos hermanos; queridas hermanas: que el Señor os llene de bendiciones durante el año que esta noche comienza. FELIZ 2015.

- ¿Cuántas veces a lo largo del día nos encontramos con el anticristo?
- ¿Cuántas veces le hemos resistido?
- Si Cristo llama a mi puerta, ¿estaré listo para abrirle?



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

El día **1 de Enero de 2015** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).

Vie
2
Ene
2015

Evangelio del día

Octava de Navidad

Hoy celebramos: San Basilio y San Gregorio (2 de Enero)

“En medio de vosotros hay uno que no conocéis”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,22-28

¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ése es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo posee también al Padre. En cuanto a vosotros, lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre; y ésta es la promesa que él mismo nos hizo: la vida eterna. Os he escrito esto respecto a los que tratan de engañaros. Y en cuanto a vosotros, la unción que de él habéis recibido permanece en vosotros, y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas –y es verdadera y no mentirosa– según os enseñó, permanecéis en él. Y ahora, hijos, permaneced en él para que, cuando se manifieste, tengamos plena confianza y no quedemos avergonzados lejos de él en su venida.

Salmo

Sal 97 R/. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

El Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1,19-28

Éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan a que le preguntaran: «¿Tú quién eres?»

Él confesó sin reservas: «Yo no soy el Mesías.»

Le preguntaron: «¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?»

Él dijo: «No lo soy.»

«¿Eres tú el Profeta?»

Respondió: «No.»

Y le dijeron: «¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?»

Él contestó: «Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías.»

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: «Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?»

Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.»

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

Reflexión del Evangelio de hoy

“No quedemos avergonzados lejos de él en su venida”

A finales del siglo I en Jerusalén se divulgó la falsa doctrina que consideraba imposible que Jesús se hubiera encarnado a la manera humana. Aparecieron algunos “anticristos” que negaban que Jesús fuera el Mesías, el Ungido enviado por Dios para reconciliar al hombre con su Dios.

Para Juan negar la divinidad de Jesús es rechazar la salvación y condenarse a no conocer nada de Dios, pues es Cristo quien muestra el rostro del Padre y su misericordia. Nos lo dice el apóstol en otro lugar: “Nadie va al Padre sino por el Hijo...”

Esta herejía cristológica niega lo que estamos celebrando en estos días de Navidad, la Encarnación de Jesucristo. Este acontecimiento es lo que nos debe llenar de alegría y animar a empezar el año con confianza.

En el pasaje de hoy Juan nos exhorta a permanecer fieles a Cristo, estando en comunión con Él, con Dios Padre y ungidos y movidos por el Espíritu Santo, así podremos confesar a Jesús como Mesías, el hijo de Dios, el Salvador del mundo, el que ha venido a traernos vida y vida en abundancia. Si no lo hacemos así seremos como los anticristos que menciona San Juan, porque también hoy podemos cambiar la fe en Cristo por muchas otras cosas como el dinero, el prestigio, los ídolos de la moda y del consumo, etc... Pero los cristianos estamos llamados a vivir de otra manera, acogiendo a Cristo en nuestro corazón y esto es tener la Vida Eterna dentro de nosotros.

Después de una semana de Navidad, ¿Permanecemos en la misma clave de fe y alegría, unidos al Padre y a Cristo, dejándonos guiar por su Espíritu, o el nacimiento del Mesías ha sido fugaz y superficial?

Señor, danos la fuerza para no dejarnos engañar y no ser anticristos. Que Cristo sea nuestro criterio de vida para todo el año que empieza, así no quedaremos avergonzados lejos de Él en su venida...

“Yo no soy el Mesías”

Hoy en el evangelio contemplamos la figura de Juan Bautista. Hay dos virtudes que destacan en Juan, su humildad y su veracidad.

Juan no quiso hablar de sí mismo ni contar sus méritos o sus buenas obras. Él pudo engañar a los fariseos y judíos que fueron a preguntarle quién era, pero no lo hizo y negó ser el Mesías. Como hombre humilde que era, se identificó como la voz, y la voz sin la Palabra, que es Cristo, no es nada, como dice San Agustín. La voz tiende a desaparecer, Juan lo tenía claro: “yo tengo que menguar y Él que crecer”.

Los cristianos, también tenemos la misión de ser esa voz humilde que dé testimonio de Jesucristo, que anuncie la salvación y ayude a los que no creen a encontrarse con Cristo.

Juan no se consideró el centro, nosotros debemos también aprender esta lección y no ponernos en el lugar de Cristo, no hacemos los protagonistas, nosotros somos meros instrumentos, el incienso es para Dios.

El Precursor, también en este tiempo de Navidad nos sigue llamando a conversión, como ya lo hizo en tiempo de Adviento. Preparar los caminos del Señor significa abandonar el pecado y acercarnos a la gracia, significa ser humildes y dejar al Señor que entre en nuestro corazón y limpie todo lo que nos impide ver a Dios, que está en medio de nosotros, de nuestra existencia y de nuestra vida.

Al comenzar este nuevo año preguntémonos si somos verdaderos testigos de Cristo, ¿somos esa voz que anuncia al mundo: “en medio de vosotros está...? ¿Sabemos decir, humildemente, “yo no soy”?

Señor, enséñanos a no presumir nunca de nosotros mismos, a no querer ser el centro y a ser humildes, sabiendo que todo lo hemos recibido de tu bondad. Ayúdanos a descubrir que estás en medio de nosotros.



MM. Dominicás
Monasterio de Sta. Ana (Murcia)

San Basilio y San Gregorio

San Basilio de Cesarea

Cesarea de Capadocia, 330 - Cesarea, 1-enero-379

Suele situarse el nacimiento de San Basilio en el año 330, el mismo en que el emperador Constantino el Grande inauguraba la nueva Roma, Constantinopla. Nace Basilio en Cesarea de Capadocia, metrópoli civil y religiosa situada casi en el Centro-Oeste de Asia Menor, donde se juntaban los caminos que desde Bizancio y la costa occidental conducían a Armenia. Llamada antes Mazaca, luego Tiberia, Cesarea corresponde a la actual Kayseri.

La familia en que nace Basilio está ya marcada por las dos características que de manera eminente destacarán en ella: la fe cristiana y el amor a la cultura griega.

Formación: familia y escuelas

Sin duda, el primer maestro de Basilio fue su padre, Basilio el Viejo, quizás en la misma casa de la abuela en Neocesarea o en sus alrededores. [...] Ya adolescente, pasa a las escuelas de Cesarea, donde es muy probable que tuviera como maestro al neoplatónico Eustacio y donde conoció a Gregorio de Nacianzo. Pero su padre quería para el hijo la mejor formación e instrucción, y lo envió a estudiar primero en las escuelas de Constantinopla y luego en las de Atenas, donde permanecerá cuatro años. Aquí se encuentra de nuevo con su paisano Gregorio de Nacianzo, y entre los dos nace una amistad, fundada en la comunión de ideas y de ideales, tan estrecha que el mismo Gregorio la definirá como «un alma en dos cuerpos», llegará a ser referente obligado para definir la verdadera amistad. Basilio y Gregorio frecuentaron juntos las mismas clases y los mismos maestros, principalmente, según el historiador Sócrates, el pagano Himerio y el cristiano Proheréseo.

Cristiano, anacoreta y monje

Su larga, rica y esmerada preparación no fue, sin embargo, para él más que un enriquecimiento de su vivencia de la fe cristiana, pese a su condición de catecúmeno. No obstante, cuando el año 355 regresó a Cesarea y se dedicó a la enseñanza de la Retórica, durante algún tiempo padeció el sarampión de orgullo y vanidad propio de todo joven profesor. Pero pronto hicieron mella en él las reconveniones de su hermana Macrina y los embates de la gracia divina, e inició un proceso de conversión que le llevó a pedir el bautismo, que recibió de manos del obispo de Cesarea, Diano. El bautismo, pues, fue la consciente decisión personal que coronaba con toda normalidad una larga y profunda educación en la fe dentro de un fervoroso ambiente familiar.

Como expone en su carta al maestro espiritual y amigo de la familia, figura importante en la historia del monacato de Asia Menor, Eustacio de Sebaste, apenas recibido el bautismo. Basilio vio acrecentarse en él el deseo —que ya le había apuntado en Atenas— de abrazar la vida monástica, y quiso explorar y estudiar sus distintas formas. Eustacio había orientado ya hacia ella a la madre, Enmelia, y a la hermana, Macrina. Pero Basilio quería conocer personalmente otras experiencias y se embarcó en un largo viaje, ansioso siempre de hallar los mejores modos de practicar la vida ascética. El itinerario parece que se lo fue marcando, sin saberlo, el propio Eustacio, a cuya zaga, sin alcanzarlo, fue Basilio visitando los monasterios de Alejandría y del resto de Egipto de Palestina, Siria, Celesiria y Mesopotamia. Así transcurrieron unos dos años.

A resultas de esta peregrinación, estableció su retiro en un lugar llamado Anisa (o Anesis), a orillas del Iris, cerca de Neocesarea, en una posesión familiar que Basilio consideró apropiadísima para realizar su ideal de vida ascética y que describe en términos de entusiasta lirismo a su amigo Gregorio de Nacianzo. Pero no lo hace por simple prurito literario o como ejercitación escolar. Basilio comienza allí su generosa y total entrega a la vida anacoreta, que pronto se convertirá, y ya para siempre, en cenobítica. Y sintiéndose plenamente realizado, invita a su entrañable amigo a que le acompañe en esta nueva aventura. Gregorio, que también sentía inclinación por la vida contemplativa, aceptó, y juntos se entregaron a la vida monástica y al estudio. Pero Gregorio no resiste el ritmo y las exigencias de aquella vida y, ayudado por la nostalgia de los suyos, no tarda en regresar a su tierra.

El año 364, el nuevo obispo de Cesarea, Eusebio, ordenaba de presbítero a Basilio y le convertía en su colaborador. Sin duda esta colaboración fue particularmente eficaz en el cuidado de los pobres, ancianos, viajeros, etc., sobre todo con motivo de la hambruna que en torno al año 368 se abatía sobre Capadocia, tal como da a entender en sus cartas 27 y 31. [...]

Obispo de Cesarea

El año 370 moría Eusebio, su obispo, y dada la importancia de Cesarea como metrópoli de Capadocia y del Ponto, no era fácil la elección de sucesor, sobre todo teniendo en cuenta el interés que, avalados por el emperador Valente, manifestaban los arrianos por apoderarse de esta sede. Pero se adelantaron los ortodoxos, encabezados por el viejo obispo de Nacianzo, Gregorio, el padre del gran amigo, y llamaron a Basilio como sucesor de Eusebio.

Siguiendo su anterior actuación como presbítero, Basilio comenzó su episcopado poniendo como preocupación prioritaria del mismo la atención a los más pobres y desheredados, preocupación que no abandonará nunca. Rondaba los cuarenta años cuando recibió el episcopado y se hallaba, por tanto, en la plenitud de sus fuerzas y posibilidades, que él empeñó al servicio de los pobres. Sin duda él es uno de los primeros entre los grandes organizadores de la caridad cristiana. En los alrededores de Cesarea construyó un enorme complejo hospitalario, con dos finalidades: sanitaria una, para atender a los enfermos, con todo un equipo de médicos, de enfermeros y de auxiliares. con viviendas propias dentro del complejo; y otra de hospitalidad, para recibir y alojar debidamente a peregrinos y a pobres sin techo, sobre todo ancianos. El complejo, casi una verdadera ciudad, recibió de la gente el nombre de «Basilíada».

Maestro de la fe católica

El panorama de la Iglesia en Oriente era desolador. Al amparo del emperador arriano Valente, los obispos arrianos acaparaban las sedes más importantes, incluida Constantinopla, y, como dice San Jerónimo, parecía que el mundo entero se había vuelto arriano. Hasta el gran amigo y maestro de Basilio en la vida monástica, Eustacio de Sebaste, se pasó al bando de los macedonianos, siendo este caso, quizás, lo que más le hizo sufrir a Basilio en sus últimos años.

Para refutar adecuadamente a los arrianos, [escribió varias obras]. Dos obras de contenido dogmático —*Contra Eunomio* y *Sobre el Espíritu Santo*— tienen una proyección universal y se orientan al diálogo teológico. Las Homilias y Sermones miran sobre todo a la acción pastoral con la propia grey, para suscitar, mantener, purificar y acrecentar la fe en su diócesis y en toda Capadocia. En su extensa correspondencia epistolar con toda clase de gente y sobre toda clase de temas y asuntos, Basilio abre su corazón de padre a todos cuantos a él acuden, sin discriminaciones, pero sobre todo dialoga con los representantes de la mayor parte de las Iglesias y de todos los partidos, pues estaba convencido de que las dificultades doctrinales de la Iglesia no se podían solucionar más que con miras ecuménicas y con gestos y actitudes dialogantes, flexibles, desde la humildad, «ya que no es cuestión de devanarse los sesos con asuntos que escapan a nuestro conocimiento».

Hombre de Iglesia, padre del monacato

De su siempre viva solicitud por la vida monástica, por la que nunca dejó de suspirar al verse privado de ella, dan fe sus diversas y sucesivas elaboraciones y redacciones de sus Reglas monásticas, que tan profundamente han marcado a todo el monacato posterior, tanto oriental como occidental.

El 9 de agosto del 378 moría en la batalla de Adrianópolis en Tracia el emperador Valente, y la marcha de la recuperación de la fe nicena, gracias a la orientación de Basilio, iba ganando cada vez más terreno, y con la llegada de Teodosio al trono se abrían mejores perspectivas para toda la Iglesia.

Pero Basilio no pudo disfrutar mucho tiempo de lo que en gran parte era fruto maduro de su persistente trabajo. Nunca había gozado de buena salud, y su cuerpo debilitado no pudo al final resistir las exigencias y la fuerza explosiva de su ardorosa alma y moría, según todos los indicios, el 1 de enero del año 379, en la plenitud de la edad. Apenas si llegaba a los cincuenta. Once años antes, en carta consolatoria a la Iglesia de Neocesarea por la muerte de su obispo Musonio, queriendo describir a éste, nos dejó su propio retrato: «Ha muerto un hombre que sobrepasó de la manera más clara a sus coetáneos por todas sus cualidades reunidas: sostén de su patria, ornamento de las iglesias, pilar y basamento de la verdad, fundamento de la fe en Cristo, seguridad de los suyos, imbatible para sus enemigos, guardián de las leyes de nuestros padres, enemigo de toda innovación y manifestación visible de la antigua figura de la Iglesia». [...] Su hermano Gregorio de Nisa y su amigo Gregorio de Nacianzo, en sendos elogios fúnebres, se hicieron eco del sentir común de las Iglesias, proclamaron su santidad y le llamaron „El Grande, Magno.” Recordemos unas palabras del amigo, hacia el final de su elogio fúnebre: «Yo creo que las viudas harán el elogio de su protector; los mendigos, el del amigo de los mendigos; los extranjeros, el del amigo de los extranjeros; los hermanos, el amigo de sus hermanos; los enfermos, el de su médico, sin que importe de qué enfermedad ni de qué medicina; los que gozan de buena salud, el del guardián de su salud; y todos, el de aquel que se hizo todo para todos, para ganar a todos o a casi todos».

Argimiro Velasco Delgado, O.P.

San Gregorio de Nacianzo

*Obispo y doctor de la Iglesia
Arianzo (Capadocia), 330/339 - Arianzo, 390*

San Gregorio de Nacianzo nació entre los años 330 y 339, muy probablemente en Arianzo, Noroeste de Capadocia, lugar en que su familia tenía buenas posiciones, o en la misma Nacianzo, vecina, donde era obispo su padre, al que se conoce como Gregorio el Viejo. Éste no provenía de familia cristiana, Pertenebió a la secta llamada de los hipsistarios (adoradores del Hysistos o Altísimo), medio judía y medio pagana, de la que se apartó a la vez que se acercaba al cristianismo, gracias al influjo de su esposa Nona. Rondaba ya por los cuarenta y cinco años cuando se convirtió al cristianismo, hecho que, al parecer, coincidió con el paso por Nacianzo de muchos obispos orientales que se dirigían al Concilio de Nicea, por tanto el año 325. Todos le apreciaban, tanto que, al cabo de solamente cuatro años, al quedar vacante la sede episcopal de Nacianzo, los obispos de Capadocia, de acuerdo con los fieles, le eligieron a él como obispo, hecho bastante frecuente durante el siglo IV.

[...] Terminados los estudios en Nacianzo, marchó a proseguir su formación, sucesivamente, en Cesarea de Capadocia, donde tuvo su primer contacto con San Basilio, en Cesarea de Palestina, en Alejandría y, finalmente, en Atenas.

Compañero de San Basilio

A su larga estancia en Atenas le debe Gregorio su extenso y perfecto conocimiento de la cultura griega y su formación literaria. [...] Ya de regreso en Nacianzo, Gregorio dio buenas pruebas de haber adquirido gran competencia en retórica, pero en su Autobiografía ha dejado también constancia de sus dudas y vacilaciones, pues su anhelo profundo seguía siendo el de llevar una vida genuinamente ascética y contemplativa, con las renunciaciones consiguientes, aunque no al estudio, pues también anhelaba con idéntica fuerza interior conocer a fondo la Sagrada Escritura. Fue en esta época, cuando recibió el bautismo, de manos de su padre.

Secundando la llamada de Basilio, se retiró con éste a la soledad de Anisa, donde se ejercitó en la vida ascética y a la vez colaboró con Basilio en la composición de la Filocalia, a base de extractos de las obras de Orígenes, y sin duda influyó no poco en la elaboración de las primeras redacciones de las Reglas monásticas. Pero pronto se impuso a su sensibilidad casi enfermiza la nostalgia de la acción y del afecto familiar, quizás disfrazado de piedad para con sus ancianos padres, y regresó a Nacianzo.

Lo cierto es que su padre, por los achaques de la edad, sentía la necesidad de un colaborador que le ayudara en sus tareas pastorales. Y en una de las fiestas de finales del 361 o de comienzos del 362, ordenó de sacerdote a Gregorio, sin atender a las protestas de éste que, sin embargo, por su tímido y frágil carácter, cedió. [...] Diez años transcurrieron mientras Gregorio ejercía eficazmente su sacerdocio junto a su padre, cuya capacidad iba disminuyendo con la edad, por lo que su responsabilidad fue también acrecentándose.

Obispo de Sasima y de Nacianzo

El emperador Valente, sucesor de Juliano en el imperio, resultó ser un decidido protector de los arrianos, y el año 371, por razones políticas, pero también con el fin de debilitar la fuerza de la ortodoxia nicena en Capadocia, muy pujante bajo la égida del obispo de Cesarea, Basilio, dividió en dos la Gran Capadocia. La nueva situación y las pretensiones de Antimo, el obispo de Tiana, la nueva capital de la Segunda Capadocia, obligaron a Basilio, metropolitano de Cesarea, a reforzar su parte, y para ello confió a Gregorio la nueva sede creada en Sasima, pequeña pero de mucha importancia estratégica como encrucijada de caminos y nudo de comunicaciones.

De esta manera resultó que también el episcopado se le impuso a Gregorio casi a la fuerza, por razones de política eclesiástica, aunque tampoco esta vez supo decir que no, y fue consagrado poco antes de la Pascua del 372. El año 374, morían los padres, Gregorio el Viejo y Nona, con poco tiempo de intervalo. A instancias de los obispos de la provincia, con Basilio en cabeza, Gregorio aceptó la carga de administrar la sede naciancena, pero sólo como medida provisional, hasta que se hallase el titular sucesor de su padre. Es lo que ocurrió justamente a la muerte del emperador Valente en la batalla de Adrianópolis contra los godos, el 9 de agosto del 378. Al tomar el mando como Augusto del Oriente el español Teodosio, de confesión ortodoxa, el 19 de enero del 379, las perspectivas de la fe nicena cambiaron por completo, pues el socio de Occidente, Graciano, también defendía la ortodoxia. Por si fuera poco, el primero de ese mismo mes y año, consumido por la enfermedad y el ejercicio incansable de su caridad pastoral, moría el gran amigo Basilio.

Al frente de la iglesia de Constantinopla

Ocurría también que en la gran metrópoli, Constantinopla, los arrianos, apoyados por Valente hasta entonces, al cabo de casi cuarenta años habían logrado apoderarse de todas las iglesias de la ciudad y seducir a la gran mayoría de la población, hasta el punto de que los católicos ortodoxos habían quedado reducidos a un pequeño grupo, sin local para el culto y sin pastor para sus almas. Pero, ante la nueva realidad política, tuvieron la osadía de buscar y tratar de convencer a Gregorio para que, dejadas de lado sus persistentes repugnancias, se hiciera cargo de la dirección de la pequeña pero fiel comunidad de Constantinopla. Y una vez más se sobrepuso a sí mismo y aceptó. [...]

Fue enorme el esfuerzo y el sufrimiento de Gregorio para recobrar Constantinopla y devolverla a la fe ortodoxa, y enorme también la repercusión que en este sentido tuvieron sus cinco discursos teológicos pronunciados en el verano de 380, en los que expuso, con claridad y hondura, la doctrina ortodoxa sobre el misterio de la Trinidad, para instrucción de su grey y refutación de arrianos, eunomianos, macedonianos y apolinaristas. En estos discursos alcanza su cima el pensamiento teológico de Gregorio, y le merecieron el sobrenombre de «El Teólogo».

El 24 de noviembre del mismo 380, entró en Constantinopla el emperador Teodosio, después de su victoriosa campaña contra los godos, y en seguida obligó a los arrianos a devolver a los ortodoxos todas las iglesias, desterró al obispo arriano, Demófilo, y el 27 de noviembre entronizó solemnemente a Gregorio en la emblemática basílica de los Santos Apóstoles, esperando, sin duda, que su iniciativa sería aceptada por las autoridades eclesiásticas pertinentes.

[En ese momento el emperador consideró oportuno convocar un Concilio y] a fines del 380 o comienzos del 381, promulgó el decreto que convocaba a los obispos de Oriente a reunirse en Constantinopla.

El Concilio de Constantinopla

Se congregaron unos 150 en total, y entre ellos los hermanos de Basilio —Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste—. Melecio de Antioquía, Cirilo de Jerusalén y Anfiloquio de Iconio, el primo de Gregorio y amigo de Basilio, que, sin ser una eminencia, fue un excelente colaborador. La presidencia del concilio recayó en Melecio, el obispo más antiguo. Y con él comenzaron las sesiones de un concilio de Oriente que, sin embargo, pasaría a la Historia como el segundo Concilio Ecuménico. Efectivamente, en él se condenó una vez más al arrianismo, y se añadió la condena de los pneumatómacos -eunomianos y macedonianos-, de los apolinaristas y de los sabelianos.

Solucionados los problemas doctrinales, los padres conciliares se ocuparon de revalidar la elección del obispo de Constantinopla. Con total unanimidad rechazaron por inválida la supuesta elección del intrigante Máximo y reconocieron como obispo legítimo a Gregorio de Nacianzo, tras de lo cual Melecio le entronizó oficialmente. Pero a finales de mayo, murió este anciano obispo de Antioquía, y Gregorio, presidente ahora del concilio, creyó llegado el momento de poner fin al escandaloso cisma de Antioquía, y como sucesor propuso a Paulino, el contrincante, rechazado hasta entonces como ilegítimo, y que no se hallaba presente. La oposición a esta candidatura fue realmente violenta, e hirió profundamente la sensibilidad temperamental de Gregorio. Por si esto fuera poco, llegaron, por fin, al concilio los obispos de Egipto, con el patriarca Timoteo de Alejandría en cabeza, y los obispos de Macedonia. Apenas incorporados a las sesiones, inmediatamente se declararon contrarios a la elección que los conciliares habían hecho de Gregorio para la sede de Constantinopla, y alegaban el canon XV de Nicea, que prohibía trasladar de sede a un obispo, y Gregorio, naturalmente, era obispo de Sasima. El asunto se agravó porque el papa Dámaso, opuesto a la elección del «cínico» Máximo, se declaró, no obstante eso, conforme con la postura de los alejandrinos, los cuales llegaron hasta negarse a asistir a la liturgia oficiada por Gregorio.

Realmente hacía mucho tiempo que dicho canon no estaba vigente, si alguna vez se cumplió, y por otra parte, realmente también, Gregorio nunca había tomado posesión de Sasima ni había puesto en ella el pie, y de Nacianzo tampoco fue nunca titular. La defensa, pues, no era difícil. Pero Gregorio, cansado y hastiado de tanta política, no quiso luchar para sobreponerse a lo que consideraba dos fracasos morales, y así tomó una decisión inquebrantable, noble y a la vez tremendamente apasionada: renunciar a su cargo, tan apetecido por tantos, dejar vía libre para la elección de otro candidato y retirarse definitivamente a su amada y añorada soledad.

En el discurso de adiós a sus fieles, volcó toda la ternura y emoción de su alma sensible, toda la amargura de su desconsuelo ante la insensatez de los humanos y toda la esperanza que depositaba en la nueva etapa de su vida: «Elegíds otro. un hombre que agrade a la muchedumbre. A mí dadme la soledad, el campo y Dios, el único a quien agradaremos con nuestra indignidad».

[...] Así, pues, de inmediato y sin esperar el final del concilio, se marchó de Constantinopla y se retiró a Arianzo, para, como él mismo dice en sus Cartas, reponer su quebrantada salud y sobre todo recuperar la necesaria calma interior después de tan agitados y dolorosos avatares.

Gregorio murió, casi con toda seguridad, el año 390, en su retiro de Arianzo. Su influjo fue enorme en todo el Oriente, que le veneró como uno de los Tres Grandes (con San Basilio y San Juan Crisóstomo). Su pneumatología (doctrina sobre el Espíritu Santo) y su cristología fueron decisivas para el posterior desarrollo teológico y dogmático.

Su culto se extendió rápidamente por todo Oriente, y su fiesta se celebró en Oriente el 25 de enero.

Argimiro Velasco Delgado, O.P.

Sáb
3
Ene
2015

Evangelio del día

Octava de Navidad

Hoy celebramos: Santo Nombre de Jesús (3 de Enero)

“Este es el Hijo de Dios ”

Primera lectura

Lectura de la primera carta de Juan 2,29;3,1-6:

Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él. Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. Todo el que comete pecado quebranta también la ley, pues el pecado es quebrantamiento de la ley. Y sabéis que él se manifestó para quitar los pecados, y en él no hay pecado. Todo el que permanece en él no peca. Todo el que peca no le ha visto ni conocido.

Salmo

Sal 97,1.3cd-4.5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas;
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera,
gritad, vitoread, tocad. R/.

Tañed la cítara para el Señor
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas
aclamad al Rey y Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Juan 1,29-34

Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: "Trás de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo." Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua es para que sea manifestado a Israel.»

Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado el Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo." Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Una cosa es tener fe, creer en Dios, de lo que ya nos había hablado san Juan antes, y otra dar el salto a la filiación, de la que nos habla hoy. Ese Dios en quien creemos es nuestro Padre. Padre que ha enviado a su Hijo al mundo, cuyo nacimiento acabamos de recordar y celebrar, para hacernos hijos, con minúscula, pero auténticos hijos en el Hijo, con mayúscula. En su paternidad y en nuestra filiación radica toda nuestra espiritualidad.

En el Evangelio, Juan Bautista sigue dando testimonio de Jesús de Nazaret, como Mesías. El Niño, cuyo nacimiento estamos todavía celebrando, es el esperado del mundo y de las gentes. Su testimonio no se basa en los sentidos, sino en el Espíritu, que le hace reconocer en uno de tantos de los que se acercan a recibir el bautismo, al que ha de bautizar con Espíritu Santo.

¿Quién es ese Niño? ¿Quién eres tú, Jesús de Nazaret?

Juan Bautista confiesa que no le conocía, pero que “el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que ha de bautizar con Espíritu Santo”. Ese Niño, es el Mesías; Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios. Para ver lo que Juan vio hay que saber mirar con limpieza de ojos y de corazón; porque todos veían lo mismo, a la misma persona, pero sólo Juan reconoció en Jesús al Mesías.

Y, desde entonces, Juan no hará más que insistir en su testimonio: “Yo no le conocía, pero lo he visto. ESE ES”. Ser cristiano no es otra cosa que haber pasado del “yo no le conocía” a poder reconocerle diciendo “ese es”. Y no sólo decirlo sino practicarlo, vivirlo y, como Juan, testimoniario. Dar testimonio de nuestra estima y amor al Espíritu en el que hemos sido bautizados, permitiéndole guiar nuestra vida en profundidad. Todo para ser más espirituales, no sólo sin dejar de ser humanos, sino apostando en autenticidad por todo lo humano. En definitiva, para ser seguidores de Jesús, el más auténtico y humano Hijo de Dios.

¿Qué va a hacer ese Niño? ¿Qué vas a hacer tú, Jesús de Nazaret?

De la mano de Juan sabemos también que ese Niño va a bautizar con el Espíritu Santo, y, así, va a quitar el pecado del mundo. Pecado que no es algo anecdótico o casuístico o meramente numérico. Tampoco lo podemos reducir a hechos o actos meramente catalogables. El pecado, el del mundo y el personal, es un hábito, un modo de ser y de actuar, a veces una estructura, cuyo común denominador es haber prescindido de Dios. “Quitar este pecado o cualquier pecado” supone volver a Dios, hacerle un sitio en nuestra persona, en nuestra vida, aceptar limpia y sinceramente su voluntad manifestada en las actitudes y valores evangélicos. Ser honrados, coherentes, y obrar y vivir en consecuencia.

Jesús de Nazaret, auténtico rostro de Dios, pasó por la vida quitando pecados, perdonando maldades, curando enfermos, liberando ataduras y esclavitudes. En cuanto seguidores suyos, nosotros estamos llamados a convertirnos, o sea, a pasar de lo que creemos conocer de él por nuestras costumbres y por nuestra vida, al Jesús desconocido –de Juan y de nosotros- que sigue revelándose a los honrados, a los humildes, a los que, por pecadores, acudimos a él, el único que “quita el pecado del mundo” y de nuestra alma.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

Santo Nombre de Jesús

Para la conmemoración

El amor que sintieron ya los cristianos de los primeros siglos hacia el nombre del Señor Jesús, Salvador, según nos consta por los escritores apostólicos y por la tradición, y que no sólo informó sus vidas sino que los llevó hasta confesar públicamente su fe y padecer el martirio por esta causa, fue adquiriendo un mayor desarrollo con el correr de los tiempos. En la tradición de la Iglesia oriental se desarrolló en íntima relación con la espiritualidad monástica llamada «hesicástica» (contemplación imperturbable). En occidente, en cambio, la devoción al nombre de Jesús se presenta bajo determinadas formas de devoción popular y en conexión siempre con el ciclo de las celebraciones de la Navidad. A partir del siglo XII adquirió gran auge por el influjo sobretudo de los monasterios en donde esta devoción tuvo una característica especial en su fervor, cuyo insigne testimonio es el himno, o «magna iubilatio», Iesu, dulcis memoria, llegado hasta nosotros.

En nuestra Orden ya desde sus orígenes se enumeran muchos hermanos que profesaron amor muy particular al «dulcísimo nombre del Salvador». Esto se comprueba en que el papa Gregorio X, poco después de la celebración del segundo concilio de Lyon (1274), encomendó a los frailes Predicadores la promoción de la alabanza y veneración del santísimo nombre de Jesús, siendo el beato Juan de Vercelli (t. 1283), Maestro entonces de la Orden, uno de los que con más ardor se dedicó a esa promoción.

Esta dedicación apostólica se vio reforzada a la vez con nuevas formas de espiritualidad de los franciscanos y se incrementó en el s. XIV con preclaras formas de predicación y escritos espirituales entre los que se cuentan especialmente los del beato Enrique Seuze (1366), con la predicación de san Bernardino de Siena (1444) y al mismo tiempo con la difusión de las Hermandades del Santísimo Nombre: precisamente en la fundación de ellas nuestra Orden trabajó incansablemente a lo largo de los siglos por encargo de los Sumos Pontífices, especialmente a partir de Pío IV (1559-1565), juntamente con las cofradías del santo rosario.

A partir del siglo XIV se dan ya formularios litúrgicos propios, si bien solamente en siglos sucesivos pasan a la liturgia, y así, concretamente, los franciscanos lo harán en el año 1530; a finales del siglo XVII los dominicos; en el calendario romano para toda la Iglesia en 1721 ya existía en la liturgia la celebración de la Circuncisión del Señor (día 1° de enero), en la cual se aludía principalmente a la imposición del nombre de Jesús. Últimamente en el nuevo misal romano esta festividad cedió el puesto a la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, en la cual se conmemora también de modo principalísimo la imposición del nombre de Jesús (CR, n. 35). Asimismo se da en el misal romano actual la misa votiva del santísimo nombre de Jesús. A ella corresponde, pues, el presente Oficio votivo, que puede usarse «ad libitum» (OGLH, nn. 244-245), especialmente para la celebración del propio patrono o del título de la iglesia.

El día **4 de Enero de 2015** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).